

ejemplo, siempre sirven para algo. O al menos los noticiarios de las guerras. Sobre la cubierta trepidaba la música de España y mi corazón también metía su parte alícuota de ruido. Se mezclaron los vítores a España y a la Argentina, a Franco y a Perón, y el hermoso color de las banderas reventaba bajo la tarde bonita. Un grupo animoso enarbolaba el pendón rojinegro y una pancarta que decía: «Arriba España».

Justo entre dos colectivos fué lanzada una plancha, porque pretender el desembarco por la escala real hubiera sido una simple locura. Entre el abordaje y la normalidad, la salida de nuestras chicas hacia tierra fué como un fabuloso desfile de modelos del XVIII. La gracia de las albanegas catalanas de los volantes de Creta, de los sombreros de Montehermoso, de las blancas enaguas riojanas —crujientes de almidón y de encajes—, de las faldas pregaucha que lucían las muchachas canarias, de todos y cada uno de los trajes. Volaban los primeros «aturuxos», los primeros «irrintzis», los primeros alás, los primeros olés; saltaban de la borda al muelle, de la multitud a la cubierta, como unas serpientes sonoras. España está llena de parientes en todas partes, y así la dársena A se colnaba de un gentil aire de estación de pueblo en fiestas; aquello era como el paso del expreso de la Hispanidad por un gran pueblo de España o de América. Chistus, gaitas, pandeiros, castañuelas —¡todo el copetín musical!— llevaban hásta Buenos Aires el legítimo sabor de una romería popular. Se dialogaba a grito pelado. Se preguntaba por España como por un amigo, como por un hermano o por una novia. Se preguntaba si Zaragoza había crecido, o si estaba más gorda Oviedo, porque allí todo tenía un tono familiar, y junto al cantarín acento extremeño y el ceceo andaluz —los dos acentos de la Conquista— so-

naban el deje morriñoso de los gallegos, la anticipada musicalidad de las canarias, la lengua mediterránea y precisa de las catalanas, la fanfarria como de jota de las aragonesas, el bravo acento de las orillas del Ebro, que huele a hortaliza y fruta, a tierra fecunda y brava. La casta española de la ciudad de Buenos Aires se volcó en la inolvidable tarde del lunes 10 de mayo de 1948.

Las chicas se despedían del barco mientras iban bajando, por grupos regionales, hacia los colectivos. Un mes de esperanza cuajaba en realidad y era grato para mí el pensar que España, vencedora de tantas cosas, había puesto con las espaldas la lona al laborioso lunes porteño.

Entre mi carnet de corresponsal y la dialéctica de Vicky se logró, a duras penas, mi embarque en uno de los colectivos. Desde el muelle hasta la salida del puerto el camino se hizo muy cuesta arriba; no salieron gauchos a caballo como querían los muchachos de «El Ceibo», entre otras cosas porque los pobres caballos se hubieran asustado con el acento celtibérico del recibimiento, pero en cambio los gauchos se motorizaron para escoltar a los Coros y Danzas a través de la ciudad. Una infinidad de coches de turismo seguían a los cuatro colectivos cargados con la detonante policromía de los trajes regionales, los «haigas» pirueteaban como el caballo más fino de un polista y los conductores piropeaban con el mejor estilo a las chicas españolas entre pasadas automovilísticas de escalofrío. Los condes de Motrico recibieron a las viajeras en los salones de la Embajada, y los estirados salones diplomáticos se convirtieron en una Plaza Mayor. Nada más grave y señorial, desde luego, que una Plaza Mayor española. Mientras los chistus lanzaban la solemnidad de su saludo, por la amplia escalera subían las recién llegadas y muchos